

MENÉNDEZ PELAYO y la libertad

Don Marcelino no fue proclive a conceder a los demás libertades, mas peleó y pagó por la suya, casi siempre ante sus correligionarios, que en vida lo trataron peor que sus adversarios y, una vez muerto, lo canonizaron.

INTRODUCCIÓN Y SELECCIÓN DE FERNANDO DURÁN LÓPEZ

Una búsqueda en el cederrón que contiene las *Obras completas* de Marcelino Menéndez Pelayo arroja 1.564 ocurrencias de la palabra “libertad”. Invito al lector a penetrar en esta casa de citas, donde se consuman las públicas o furtivas coyundas del polígrafo santanderino –permítaseme el cliché– con una dama con quien mantuvo una relación agonística, más compleja de lo que el prejuicio haría sospechar. Don Marcelino, por quien confieso debilidad en lo personal y repudio en lo ideológico, no fue proclive a conceder a los demás libertades, mas peleó y pagó por la suya, casi siempre ante sus correligionarios, que en vida lo trataron peor que sus adversarios y, una vez muerto, lo canonizaron sin opción a réplica. Esta arbitraria pepitoria de citas trajina con la *Historia de los heterodoxos españoles* y la *Historia de las ideas estéticas*, que definen los dos periodos o modos que se han

querido distinguir en su obra, el uno muy sectario y politizado, y el otro más suave y entregado a la paz de los estudios de letras y artes. Para él, la libertad posee tres caras: la “libertad humana” como esencia del libre albedrío católico; la aborrecible “libertad falsificada” de heterodoxos y progresistas, que combatió siempre como disipación y libertinaje; y, curiosamente, una idea entusiasta, casi idolátrica de la “libertad artística”, “libertad literaria”, “libertad crítica”, “libertad filosófica”, como laudable desapego de las frías ataduras teóricas. Su amorosa pasión por la belleza fue en el santanderino, por momentos, no un “cierto airecillo de libertad”, sino casi un vendaval libertario.

‘HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES’

■ Gracias a Dios no soy fatalista, ni he llegado ni llegaré nunca a dudar de la libertad humana, ni creo como los hegelianos en la identidad de las proposiciones contrarias, verdaderas las dos como manifestaciones de la Idea o evoluciones diversas de lo Absoluto, ni juzgo la historia como simple materia observable y experimentable al modo de los positivistas. Católico soy, y como católico afirmo la Providencia, la Revelación, el libre albedrío, la ley moral, bases de toda historia. Y si la historia que escribo es de ideas religiosas, y estas ideas pugnan con las mías, y con la doctrina de la Iglesia, ¿qué he de hacer sino condenarlas?

■ No quisiéramos falsear su pensamiento ni atribuirle conceptos demasiado modernos; pero nos parece que, a despecho de sus salvedades y de su respeto, quizá afectado, a la letra de la Escritura, lo que Prisciliano reivindica no es solo el libre uso y lectura de los apócrifos en la Iglesia, sino la omnímoda libertad de su pensamiento teológico, lo que él llama la *libertad cristiana*, torciendo a su propósito palabras de San Pablo.

■ El sistema del arrojado pensador irlandés [Escoto Erígena] es un panteísmo puro como el de Espinosa. Antes de llegar a él proclama

la absoluta libertad del pensamiento; ¡del pensamiento, que él ha de matar luego mediante la absorción en la esencia divina!

■ El elector de Sajonia, el *landgrave* de Hesse, todos aquellos príncipes alemanes que por saciar su codicia, ambición y lujuria habían dado armas y prestigio a la Reforma, veían levantarse contra su feudal tiranía una turba hambrienta y fanática, que con inflexible lógica sacaba las consecuencias de la libertad cristiana de Lutero.

■ Fray Luis de Carvajal, lejos de amilanarse, publicó (sin año ni lugar) una respuesta [...]. Con esto perdió Erasmo la calma, y sin duda en obsequio a la libertad de discusión y a la filosofía cristiana, importunó con cartas a D. Alonso Manrique para que castigara al impresor y prohibiese semejantes publicaciones.

■ Al cabo no quedó de Miguel Servet y de su libro más que un montón de cenizas, que fueron esparcidas al viento. ¡Digna victoria de la *libertad cristiana*, de la tolerancia y del libre examen!

■ El Protestantismo español del siglo XVII está representado por tres o cuatro frailes, que, huyendo las austeridades de la regla monástica y ansiosos de libertad y de soltura, [...] ahorcaron los hábitos, se fueron a Inglaterra o a Ginebra y tomaron mujer.

■ En aquella Revolución [francesa] hubo de todo: ideas económicas y planes de reforma social al principio, cuando gobernaban Necker y Turgot; después tentativas constitucionales a la inglesa; luego utopías democráticas y planes de república espartana; y a la postre, nivelación general, horrenda tiranía del Estado, o más bien, de una gavilla de facinerosos, que usurpaban ese nombre. Verdadera deshonra de la especie humana, que condujo, por término de todo, al despotismo militar, al cesarismo individualista y pagano, a la apoteosis de un hombre, que movía masas de concriptos como rebaños de esclavos. ¡Digno término de la libertad sin Dios ni ley apuntalada con cadalsos y envuelta en nubes de gárrula retórica!

■ El teatro a fines del siglo XVIII iba tomando, más o menos inoportunamente, más o menos a las claras, cierto carácter de tribuna y de periodismo de oposición. [...] A cada paso resonaban en nuestro teatro aquellas máximas huecas de libertad política abstracta que juntamente con las lecciones de derecho natural de algunas Universidades, iban calentando muchas cabezas juveniles y enamorándolas de un ideal mezclado de tiesura estoica y énfasis asiático, al cual se juntaba, para echarlo a perder todo, la *filantropía*, que Hermosilla llamó donosamente *panfilismo*.

■ ... Marchena se hizo bonapartista y fogoso partidario del Imperio, que consideraba como la última etapa de la Revolución y primera de lo que él llamaba *libertad de los pueblos*, es decir, el entronizamiento de las ideas de Voltaire, difundidas por la poderosa voz de los cañones del César corso. No entendía de otra libertad ni otro patriotismo Marchena, aunque entonces pasase por moderado...

■ Juntos [España y Portugal] habíamos hecho la guerra de la Independencia, juntos nos empeñamos con la misma infantil temeridad en la persecución de la libertad política abstracta. ¿Y cómo no, si a un tiempo nos habíamos bañado en las turbias corrientes del enciclopedismo, riendo a una con los donaires de Voltaire, y extasiándonos en Rousseau con la apoteosis de la vida salvaje?

■ ... la *heterodoxia política*, que genéricamente se llama *liberalismo* (tomada esta voz en su rigurosa acepción de libertad falsificada, política sin Dios, o séase *naturalismo político*, y no en ningún otro de los sentidos que vulgar y abusivamente se le han dado)...

■ Nadie más amigo que yo de la independencia orgánica de las Universidades. Nadie más partidario tampoco de la intervención continua y vigilante de la Iglesia en ellas, no de la inspección laica e incompetente de ministros y directores más o menos doctrinarios. La Universidad católica, española y libre es mi fórmula. Por eso me

desagrada [...] el plan de 1845 [...] [porque] acabó de secularizar de hecho la enseñanza, dejándola entregada a la futura arbitrariedad ministerial. [...] A la sombra de otros planes derivados de ese, podrá en lo sucesivo un ministro, un director, un oficial lego, hábil solo en artes hípicas o cinegéticas, pero aconsejado por algún metafísico trascendental, anacoreta del diablo, llenar nuestras cátedras con los *iluminados* de cualquiera escuela, convertir la enseñanza en *cofradía y monipodio*, mediante un calculado sistema de oposiciones e imponer la más irracional tiranía con nombre de *libertad de la ciencia*: libertad que se reducirá, de fijo, a encarcelar la ciencia española, para irrisión de los extraños, en algún sistema anticuado y mandado recoger en Europa hace treinta años. ¿Qué le queda que ver a quien ha visto al krausismo ser ciencia oficial en España?

- Los progresistas viejos se encontraron sorprendidos en 1854 ante aquel raudal de oscura y hieroglífica sapiencia. Por primera vez se veían sobrepujados en materia de liberalismo, tratados casi de retrógrados y envueltos además en un laberinto de palabras económicas, *sociológicas, biológicas, etcétera*, que así entendían ellos como si les hablasen en lengua hebrea. ¡Qué sorpresa para los que habían creído hasta entonces que la libertad consistía sencillamente en matar curas y repartir fusiles a los patriotas!

- La infección de la enseñanza, aun en sus grados inferiores, era tal, que el primer Gobierno de la restauración trató de atajarla [en 1875], si bien de un modo incompleto, doctrinario, y en sus resultados casi ilusorio. [...] Ciertamente que salió de la enseñanza la plana mayor krausista, y la siguieron, renunciando sus cátedras, los exministros Castelar, Montero Ríos, Figuerola y Moret, sin contar otros profesores más oscuros; pero fueron muchas más las protestas a que no se dio curso, y los expedientes que terminaron en mera suspensión. Otros, más prudentes o más tímidos o menos sectarios, aunque no menos sospechosos, se sometieron en silencio, y continuaron enseñando lo que bien les pareció, hasta que vino un Gobierno más radical a

restituir las cátedras a todos los separados y a los dimisionarios, y a sentar en términos formalmente heréticos la omnímoda libertad de dar a las nuevas generaciones veneno por leche.

‘HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS’

- Bebiendo Lope en los puros raudales de la poesía popular y de las tradiciones españolas, creó un teatro todo acción y todo nervio, rápido y animadísimo, lleno de fuerza y de invectiva, más extenso que profundo, más nacional que humano, pero riquísimo, espontáneo y brillante sobre toda ponderación, libre además en el gran maestro y en sus primeros discípulos y émulos de los amaneramientos y de las rutinas que le enervaron después, acabando por convertirle en un género tan convencional como la tragedia francesa. Siguió a Lope con la misma libertad y con el mismo brío una legión de poetas [...]. Pero ninguno, ni Alarcón ni Tirso, llegaron a aquel poder inmenso de creación que abarca el mundo entero de las acciones humanas...

- De hecho el rigorismo pseudoclásico estaba muerto, y fue menester que Luzán, educado en Italia y admirador de los franceses, viniera a resucitarle. La libertad crítica de que el P. Feijoo hacía alarde en *El no sé qué* y en la *Razón del gusto*, heredada era de nuestros preceptistas del siglo XVII. La victoria de estos, aunque sangrienta y muy disputada, había sido completa.

- ¡Cuán lejana está la fecunda y amplia doctrina del P. André, del intolerante preceptismo que por entonces tenía su eco en la elegante musa de Boileau [...]. Todo sistema estético propenderá siempre a la libertad literaria, al paso que todo conjunto de reglas técnicas y mecánicas propenderá siempre a coartarla y a decirle: “No pasarás más allá”.

- Otras paradojas de La Motte valen más, mucho más de lo que pudieran inducirnos a creer este bárbaro atentado suyo contra

Homero o su *Discurso sobre la poesía en general y sobre la oda en particular* (1706), notable tan solo por el desconocimiento perfecto de lo que constituye la esencia del genio lírico, en el cual no ve más que el número, la cadencia, la ficción y las figuras. Pero aun en ese mismo discurso tiene el mérito de haberse rebelado contra los que daban por fin de la poesía la utilidad, “a no ser [añade] que en lo útil se comprenda el placer, que es, en efecto, una de las mayores necesidades del hombre”, y de haber proclamado, contra un rigorismo importuno, la libertad de la poesía que “canta lo que quiere, dispone sus asuntos como bien le parece, no se preocupa de la virtud ni del vicio, y cuando nos agrada, puede decir que ha cumplido con su misión”; proposiciones que los más rígidos teólogos de su tiempo dejaron pasar sin nota de censura, adocinados como estaban por la escolástica, de que el arte, como tal arte, no mira a la bondad o malicia del operante, sino a la perfección de la obra.

■ [Sobre Voltaire.] Así, en el *Ensayo sobre el poema épico*, que acompaña a la *Henriada*, y que primitivamente fue escrito en inglés, se siente correr cierto airecillo de libertad literaria, que viene de las costas de Inglaterra.

■ ... el P. Feijoo, nacido y educado en medio del peor gusto literario que en edad alguna ha caído sobre la península Ibérica, y privado durante toda su vida de ver y apreciar las obras maestras de las artes plásticas, acertó, sin embargo, a levantarse sobre todo este cúmulo de dificultades, perversiones e ignorancias, hasta entrever ciertos principios generales de libertad artística, tan luminosos y tan amplios, de tan eterna verdad y evidencia, que por sí solos podrían ser hoy mismo base de una crítica que, concediendo toda racional libertad al genio, se apartase por igual del nimio y enteco rigor de los preceptistas y de las libertades frías y sin gracia que suelen permitirse espíritus adocenados, en quienes la audacia suple al estro y al sentido propio y personal de la belleza.

■ Don Ignacio de Luzán es la antítesis perfecta de todos estos preceptistas negadores de la preceptiva. Ellos representan el principio de la libertad, Luzán el del orden: del choque de ambos elementos, igualmente legítimos, igualmente beneficiosos, había de nacer, y nació con el tiempo, una crítica más elevada que los concordase y armonizase...

■ Quien dice Schiller, dice entusiasmo, pasión noble, elevación generosa y magnánima, idealismo puro. Para llegar a las cumbres supremas del arte le faltaba en las obras de su juventud equilibrio y armonía de facultades, dominio sobre la propia concepción, algo de aquella impasibilidad artística de que usó y abusó Goethe. Schiller se pone entero en sus obras, reflejo de la pasión iracunda o del afecto sereno que por el momento le embargan; no rige a la pasión: la pasión le rige y le domina a él. Más bien que poeta dramático es un gran poeta lírico con formas dramáticas. La utopía social y la utopía política del siglo XVIII, el ansia indefinida de libertad, el odio no menos abstracto y vago contra los tiranos, el humanitarismo, la universal tolerancia y filantropía, el encono áspero y reconcentrado contra la corrupción hipócrita de las pequeñas cortes alemanas, toda especie de ilusiones generosas, mezcladas con un absoluto desconocimiento de la vida [...]: todo esto, digo, es el alma de las cuatro primeras piezas de Schiller, escritas con tan ardorosa elocuencia, con tan infantil audacia, con tan extraña mezcla de sinceridad y de sentimentalismo, con un frenesí tan contagioso, con una vena tan turbia a veces, pero tan opulenta, que al más rígido le falta valor para condenarlas. Aquellos no son personajes de este mundo; pero ¡qué gran poeta es el que habla por su boca!

■ Dominaba, a fines del siglo pasado, en Francia, en Italia y en España, cierto clasicismo de segunda mano, estrecho, mecánico e intolerante, que, sin saberse bien por qué razón, se había arrogado la representación del clasicismo verdadero, y aun la de todo arte, reputando por pecado grave y transgresión inexpiable todo apartamiento voluntario de sus absurdos cánones. Por consiguiente, toda obra nacida bajo el sol de la libertad artística, toda creación un tanto genial y espontánea, toda

voz de protesta, todo llamamiento, no ya a las tradiciones nacionales, sino al helenismo puro, toda tentativa, en suma, para romper aquel círculo de hierro, tenían que aparecer como obras románticas, y causar con su aparición verdadero escándalo y asombro.

■ Krause discurre en términos dignos de Paracelso o de Swedemborg sobre lo Bello en la Naturaleza, que para él es, no solo un ser absoluto e infinito (aunque condicionado por Dios), sino un ser libre, aunque no acabamos de entender con qué especie de libertad, puesto que Krause la define “*libertad de regularidad solidaria*”, lo cual nos parece que es exactamente lo contrario del concepto de libertad.

■ La *única* regla que Véron impone al artista es cierta conformidad con la manera de comprender y de sentir del público a que se dirige. [...] La consecuencia se impone, y yo sé que hay artistas y críticos que la aceptan, unos por amor a la paradoja, otros por excentricidad y espíritu de insubordinación, algunos por mal gusto nativo. Véron es de los que han ido más lejos en esta parte, creyendo que por ese camino se llega a la libertad artística, como si esta consistiera en ponerse ciegamente a sueldo del vulgo o a merced de los propios sentidos.

■ Por obra y gracia de Malherbe, quedaron abandonadas las dos terceras partes del opulento vocabulario poético del siglo XVI, proscritas todas las inversiones y licencias de sintaxis, proscritos todos los hiatos, y, en vez de la riqueza de ritmos de Ronsard, de la variedad de sus cesuras, de la libertad dichosa con que él y los poetas de su tiempo hacían cabalgar unos sobre otros sus versos y sus estrofas, se levantó triunfante el alejandrino inflexible y monótono [...]. Una dieta poética severísima sucedió a la estruendosa orgía del Renacimiento, y Francia olvidó su siglo XVI con la misma facilidad con que había olvidado su Edad Media.

■ Parece que una ráfaga de libertad española había tocado las frentes de todos estos brillantes amotinados literarios [del reinado de Luis

XIII], cuyo prestigio iba a ser tan efímero, pero cuya acción no fue totalmente perdida.

■ La única vez que Racine quiso hacer una comedia no imitó la regularidad de Terencio, sino la fantástica libertad de Aristófanes, y sacó de *Las avispas* una farsa deliciosa, en que hasta el severo alejandrino, fracturado graciosamente al modo romántico, concurre al efecto cómico.

■ Pero de todos modos [Mme. Staël] extendió los límites de la crítica, mostró nuevos horizontes, rompió (como dice Goethe) aquella especie de muralla de la China que incomunicaba la literatura francesa con el resto del mundo, proclamó y practicó el principio siempre fecundo de la libertad en las artes...

■ El romanticismo proclamaba la libertad artística, como el liberalismo la libertad política: tal fue la primera y superficial semejanza que hizo a muchos decir y creer que el romanticismo era una de las infinitas, aunque remotas, consecuencias del impulso de la Revolución Francesa. Pero lo cierto y averiguado es que el romanticismo alemán, el primero de todos y el que a todos sirvió de modelo, y, en rigor, el único que tuvo verdadera teoría, fue pura y estrictamente reaccionario.



FERNANDO DURÁN LÓPEZ ES PROFESOR DE LITERATURA ESPAÑOLA, UNIVERSIDAD DE CÁDIZ.